

HISTORIA

*fin de
siglo*

Guillermo
Zermelo
Padilla
(editor)

EL COLEGIO DE MÉXICO

CREER EN LA HISTORIA AYER Y HOY

François Hartog

“¡Un historiador que se quedara meditando fijamente sobre la situación dada a la historia no haría avanzar mucho esta historia!” Esas palabras, cargadas de ironía, son de Charles Péguy, extraídas de un texto de 1906 acerca de “La situación dada a la historia y a la sociología en los tiempos modernos”.¹ Poeta, filósofo, publicista, se trata sin duda del autor que más escribió, entre el caso Dreyfus y su muerte en el campo de batalla en 1914, sobre la historia y contra la historia, aquella, al menos, que entonces triunfaba en la Sorbona y que encarnaba, a sus ojos, un trío infernal: el que reunía a Ernest Lavisse, a Charles-Victor Langlois y a Charles Seignobos, los maestros de la historia metódica a los que persiguió con saña y con sarcasmos. Temible polemista, claro está, Péguy fue también un pensador que no dejó de reflexionar acerca del concepto moderno de historia, acerca de esta historia de los modernos en la que reconoció a la nueva “ama de su mundo”, es decir, no ya la vieja historia *magistra vitae*, sino una imperiosa *magistra mundi*. ¿Acaso diríamos todavía que esa “historia de fin de siglo”, a la cual este ciclo de conferencias pretende interrogar, es “ama” de nuestro mundo?

La generalidad de la pregunta impone una respuesta de la misma naturaleza. Trazar un estado de la cuestión, con sus lugares e interrogantes, aventurarse en inventarios, inevitablemente incompletos, de lo que se hace aquí, allá y acullá no lograría, en efecto, hacer “avanzar” mucho la historia, por retomar las ironías de Péguy. Por mi parte me detendré en la historia como concepto y como práctica, e interrogaré a la historia como creencia. Si el siglo XIX se jactó muy pronto de ser el siglo de la Historia, ¿no se deberá también o en primer término a que se trató de aquel en que, por do-

¹ PÉGUY, *Œuvres en prose complètes*, p. 494.

quier, se llegó a creer en ella? Se convirtió en una creencia compartida. Que se le celebrara, que se le temiera o que se soñara con evadirla, la historia se erigió entonces en una potencia que todo lo arrastraba consigo. Se creía en ella y se creía que era posible escribirla o, mejor dicho, que era necesario captar su nuevo curso, con el fin de prepararse para actuar en el momento oportuno y de dejar espacio a la previsión.

¿Qué queda de ello en nuestros días? ¿Todavía creemos tanto en la historia? Desde hace más de treinta años, su evidencia ha sido cuestionada, en lugares y formas tan diversos como distintos, al tiempo que la historia como disciplina ha seguido su marcha, en ocasiones a gran velocidad, se trate del número de plazas y publicaciones o de los nuevos campos desbrozados o elegidos. ¿No hemos transitado desde una evidencia segura y compartida hacia una evidencia fragmentada? Y, si es verdad que hay historias para todo, ¿qué parte de ese “todo” es historia?

De esa larga aventura de una creencia, con sus periodos de certeza y otros tantos de incertidumbre, yo me detendré solamente en dos momentos: en el momento presente y en aquel que tuvo lugar a mediados del siglo xx, cuando, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la evidencia de la historia se encontraría muy pronto reafirmada y confirmada, incluso en Europa y, más aún, sobre todo en Europa. Es necesario añadir de inmediato que todavía existía una base sólida sobre la cual apoyarse, pese a que la Primera Guerra Mundial la había golpeado con fuerza. Aquí, en El Colegio de México, aquellos fueron los años en que nació el Centro de Estudios Históricos, hoy septuagenario. ¿Hay algún signo más contundente de la creencia en la historia y de la creencia de que es posible escribir historia y algo de historia que el vigoroso ascenso de esta institución, central en la vida intelectual y política de México? En cuanto al momento presente, serán los signos de cuestionamiento en torno a la evidencia de la historia los que rendirán mi atención: cuando los contornos del paisaje se difuminan, cuando la creencia se resquebraja o se escinde —como si se introdujera un vacío entre creer en la historia y creer que la historia es hacedera [*faissable*]—. ² En esta conferencia se trata, en suma, de la pervivencia de uno de los conceptos centrales del mundo moderno y de algunos de sus avatares.

² Sobre la problemática de la evidencia, véase HARTOG, *Évidence de l'histoire*. La versión castellana apareció como HARTOG, *Evidencia de la historia*.

¿EN QUÉ PUNTO SE ENCONTRABA LA HISTORIA
DURANTE LAS DÉCADAS DE 1950-1960?

Se podría hablar de una evidencia recobrada y reformulada. Voy a recordar tres nombres, los de dos historiadores y un antropólogo, porque tuvieron, cada uno a su manera, el interés de observar Europa desde fuera, permitiéndome así precisar el propósito de esta charla. En 1950 Fernand Braudel, al ingresar al Collège de France, pronunció una lección inaugural intitulada "Posiciones de la historia". Para un mundo nuevo, escribe, es necesaria una nueva historia, aun si la primera mitad del siglo xx permanece todavía "velada". Se trata de aquella misma que delineó en *El Mediterráneo*, su libro manifiesto publicado el año anterior y que muy pronto sintetizaría el concepto de larga duración. Para lograr transmitir la insuficiencia del "acontecimiento", que brilla pero ilumina poco, utiliza la imagen de unas luciérnagas fosforescentes asediándolo una noche, cerca de Bahía.³ Pero más importante aún, en Brasil tuvo la experiencia de contemplar el Atlántico desde sus costas occidentales, igual que de joven, cuando era profesor en Argelia, había observado el Mediterráneo desde su ribera sur. Allí se encontraba el conato de una descentralización de la mirada histórica y de otra manera de anudar el espacio y el tiempo. De un desplazamiento en el espacio se derivaba una nueva evaluación del tiempo histórico y de sus ritmos.⁴

Braudel se sentía tanto más seguro de su diagnóstico y propuesta cuanto que, el año anterior, Lucien Febvre había tomado el relevo en un artículo programático, titulado "Hacia otra historia" y fechado de modo significativo en Río de Janeiro. Febvre se hallaba, en efecto, una vez más en Brasil, en donde acababa de pronunciar una serie de conferencias, en particular en São Paulo. Febvre considera que esta nueva historia se afirmaba en tres direcciones distintas: la del programa braudeliano, la de una historia de las civilizaciones, atenta a historicidades diversas, y la del historiador comprometido con su presente. Había lanzado esas ideas desde 1946 en su *Mani-*

³ BRAUDEL, *Écrits sur l'histoire*, p. 23. Existen dos versiones castellanas de este libro, una publicada por el Fondo de Cultura Económica y otra por Alianza Editorial, ambas de 1991 [N. de la T.].

⁴ GEMELLI, *Fernand Braudel*, pp. 55-64. Hay una versión española por la Universidad de Valencia [N. de la T.].

feste des Annales nouvelles. El título era claro —“De cara al viento”—, y no menos lo era el subtítulo: *Economías, sociedades, civilizaciones*. Quería destacar así que se había ingresado en un mundo “en estado de inestabilidad definitiva” cuyas ruinas eran inmensas; en ese mundo, sin embargo, había igualmente “mucho más que ruinas y más grave aún: esta prodigiosa aceleración que, al enlazar los continentes, abolir los océanos, suprimir los desiertos, ponía en contacto brusco a grupos humanos cargados de electricidades contrarias”. So pena de ya no lograr comprender el mundo globalizado de mañana, la urgencia radicaba en dirigir la mirada, desde hoy mismo, no hacia atrás, hacia aquello que acababa de suceder, sino delante de sí, hacia adelante. “Acabado el mundo de ayer. Para siempre acabado. Si tenemos una oportunidad de salir adelante, nosotros, los franceses, será al comprender, mejor y más rápido que otros, esta verdad evidente. Soltando los escombros. Al agua, les digo, y a nadar con firmeza.” Explicar “el mundo al mundo”, responder las preguntas que se hace el hombre actual, tales eran las tareas del historiador que pretendía colocarse de cara al viento.⁵ Por su parte, la interrogante sobre *la* o, mejor dicho, *las* civilizaciones venía de más lejos: de la década de 1930. Fue, en efecto, durante la primera semana de vida de la revista *Synthèse*, organizada en 1929 por Henri Berr, que se había examinado la noción de civilización (al igual que la de evolución). Encargado del informe introductorio, Febvre condujo su investigación hasta el momento en que, al lado de *la* civilización (noción que surge en el siglo XVIII tanto en Francia como en Inglaterra), aparecen *las* civilizaciones en el habla común.⁶

Febvre y Braudel se conocieron en 1937 a bordo del buque en que volían de Brasil. Dos años antes, en la embarcación que lo llevaba a Río, Claude Lévi-Strauss había dicho adiós al Viejo Mundo y a su “civilización enclaustrada” que encarnaba, para él, una Atenea reputada de “diosa anémica”. Quien todavía no era sino un aprendiz de etnólogo se decantaba por el Salvaje: “¡Hurones, iroqueses, caribeños, tupíes, heme aquí!”, exclamó

⁵ FEBVRE, “Face au Vent, Manifeste des *Annales Nouvelles*”, en *Combats pour l'histoire*, pp. 35, 40 y 41. A disposición del público de lengua española se encuentra FEBVRE, *Combates por la historia* [N. de la T.].

⁶ FEBVRE, “Civilisation. Évolution d'un mot et d'un groupe d'idées”, en FEBVRE *et al*, *Civilisation*, p. 45. Febvre retomaría esta cuestión en su prefacio a FREYRE, *Maîtres et esclaves*.

no sin cierta grandilocuencia que recuerda a la del joven Chateaubriand, cuando en 1791 desembarcó en Baltimore. Jugaba a ser el salvaje contra el moderno o, con mayor exactitud, siguiendo la práctica de la mirada a distancia que suscribió, introducía un cuestionamiento de uno y de otro. El etnólogo se enajenaba a su propia sociedad, a la vez que permanecía ajeno [*étranger*] a la sociedad que lo acogía. Asimismo, es a partir de esta experiencia de campo que formulará, un poco más tarde, la distinción, pronto célebre, entre “sociedades calientes” y “sociedades frías”. Mientras que las primeras se modelaron en un tiempo activo y ejecutivo que, en un momento dado, erigieron en principio de desarrollo, las segundas no, o todavía no o sólo parcialmente, si bien está convencido de que todas por igual son sociedades en la historia y productoras de historia, aun si cada una posee un modo distinto de ser en el tiempo.⁷ Por último, en *Raza e historia*, publicado en 1952, se enfoca, a su vez, en la cuestión de las civilizaciones. Rechazando el evolucionismo, invitó a considerar las civilizaciones, no tanto como formas escalonadas en el tiempo, cuanto desplegadas en el espacio. De ahí que resulte lógico hacer descender al progreso desde su estatuto como “categoría universal” al de “modo particular de existencia propio de nuestra sociedad”.⁸

A través de estos tres nombres transcurre una parte significativa de las renovaciones o afianzamientos de la posguerra: una atención dirigida hacia las civilizaciones y sus especificidades, y que comporta cierto relativismo; la larga duración, misma que Braudel se ocupa de promover, en vista de la paulatina constitución, tal como anhelaba, de un mercado común de las ciencias sociales; y el Salvaje, cuyo papel será un tanto más ambiguo. En el marco de una empresa estructural, este último fue en ocasiones utilizado o comprendido como una alternativa a la historia⁹ y, a la inversa, en otras sirvió de inspiración para una manera de escribir la historia, aquella que muy pronto se conocería como antropología histórica. Para Lévi-Strauss, no lo olvidemos, ésta contenía también un valor de tipo ético: afirmar, a semejanza de Jean-Jacques Rousseau, la igual humanidad de todos y de cada uno de nosotros, sin importar que Europa acabara de fracasar terriblemente a ese respecto.

⁷ LÉVI-STRAUSS, *Anthropologie structurale* II, pp. 40-41. La traducción más reciente de este libro aparece como LÉVI-STRAUSS, *Antropología estructural* [N. de la T.].

⁸ *Ibid.*, p. 368.

⁹ FURET, *L'Atelier de L'Histoire*, pp. 40, 42.

A esos nombres conviene agregar un cuarto, el de un sociólogo vinculado no a Brasil, sino a África: Georges Balandier, quien en 1951 introdujo un concepto que hizo época, a saber, el de "situación colonial".¹⁰ La noción de "situación", precisaba, no es privativa del existencialismo, sino que cuenta con una amplia trayectoria entre los sociólogos y se remonta a la de "fenómeno social total" que elaboró Mauss. ¿De qué se trata? De considerar la "colonia" como una sociedad global que implica tanto al colonizado como al colonizador. Ello se debe a que la dominación supone "relacionar civilizaciones radicalmente heterogéneas": una civilización maquinista, con una economía pujante, provista de un ritmo apresurado y de origen cristiano imponiéndose sobre civilizaciones sin maquinismo, con una economía "atrasada", inmersas en un ritmo lento y radicalmente "no cristianas". De ahí "el carácter fundamentalmente antagonista de las relaciones existentes entre estas dos sociedades y que se explica por el papel instrumental al que se condena a la sociedad colonizada", así como "la necesidad de recurrir, para mantener la dominación, no sólo a la fuerza, sino a un sistema de seudojustificaciones y de comportamientos estereotipados". Así que todo estudio, incluido el del antropólogo en busca de sociedades primitivas o el que permanece atento a los problemas del contacto, debe tener en cuenta esa doble realidad y considerar a la colonia como un sistema históricamente datado y que se modifica rápidamente.

Menos de quince años más tarde, la partida colonial había concluido pero, entretanto, el concepto que propuso Balandier había brindado a las ciencias sociales una manera de enriquecer sus cuestionarios y de afinar sus análisis, en particular cuando recurrían de forma precipitada o mecánica a la teoría marxista. De igual modo, hay otro concepto que logró encumbrarse en los años cincuenta, al grado de llegar a subsumir el resto: el de modernización.¹¹ Colonizadores y colonizados pueden suscribirlo; a partir de él surge un modelo estadounidense y un modelo marxista. Debido a su composición, con su sufijo en -ización, a semejanza del que ya antes aparecía en *civilización*, el término indica una marcha *hacia*. Al igual que el civilizado es quien se ha beneficiado del proceso civilizatorio, el moderno es quien ha atravesado el proceso modernizador. Al finalizar la modernización (teniendo en cuenta que el camino será más o menos prolongado,

¹⁰ BALANDIER, "La situation coloniale: approche théorique", pp. 44-79.

¹¹ COOPER, *Colonialism in Question*, pp. 96, 116-119.

según el punto de arranque), se debe alcanzar la modernidad. Vuelta por entero hacia el futuro, la modernización es un concepto fuertemente temporalizado que designa un movimiento conjunto de las sociedades. Puede funcionar como un concepto-bisagra entre la historia ya antigua de unos y la historia todavía por venir de los otros. A ese título, entre los años cincuenta y setenta la modernización constituye una clara expresión de la evidencia reafirmada de la historia, una expresión poderosa de la creencia de la que todavía —e incluso como nunca antes— se encuentra investida, así como una enérgica llamada a la acción, en vista de la transformación que se opera en las sociedades.

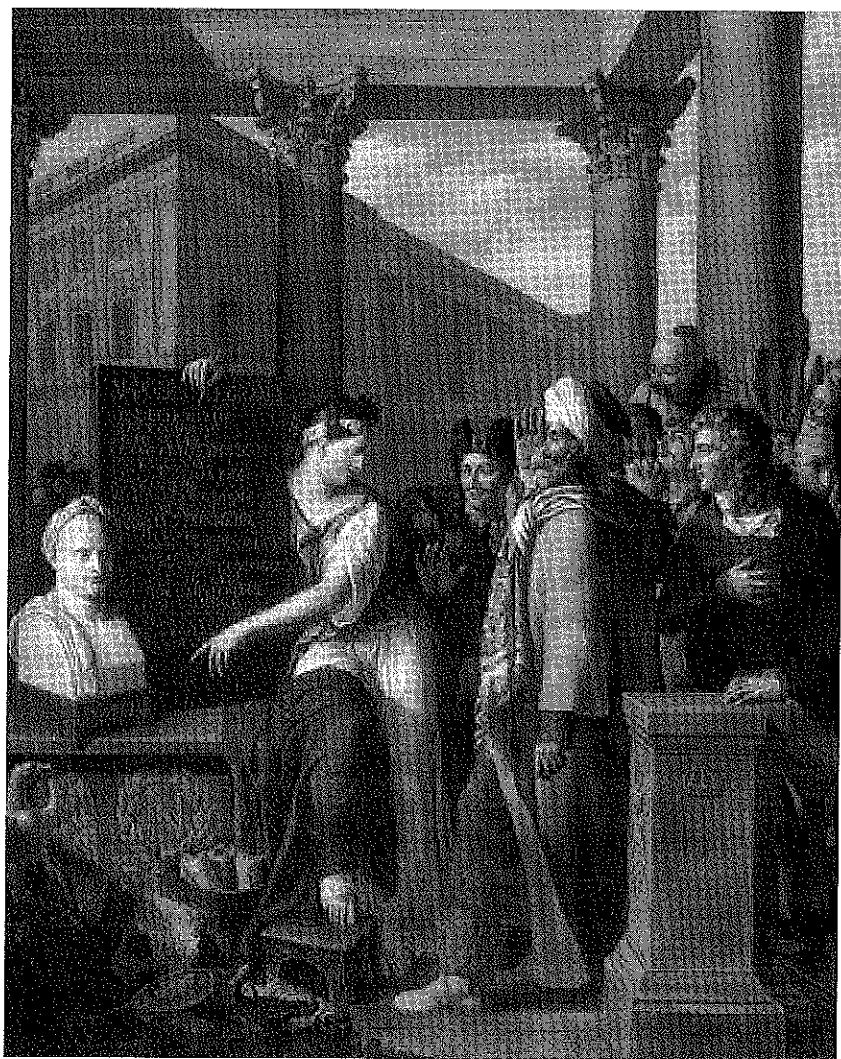
¿DE DÓNDE VENÍAMOS? EL IMPERIO DE UNA CREENCIA,
EL TIEMPO DE UNA CREENCIA

En la década de 1950, la historia es ciertamente una ya vieja creencia que Febvre y Braudel buscan reformular en términos que estiman adaptados a la nueva coyuntura. No se trata aquí de rastrear la manera en que se impuso, sino simplemente de subrayar, a partir de algunos indicios tomados de diferentes ámbitos, su fuerza como evidencia. Péguy, al que ya se ha evocado, es un buen observador de aquello que él mismo denominó la “situación” dada a la historia. En ella distingue, tal como mencioné, a un “ama del mundo moderno”. Ciencia de los modernos, filosofía que se ignora, ella encuentra, en su opinión, una Biblia en *El porvenir de la ciencia* de Ernest Renan y, en su aparente modestia, el historiador ambiciona, en el fondo, rehacer el mundo mediante la escritura. Enfrente suyo, no lo olvidemos, se alzan quienes, rechazando la creencia en la historia, denuncian el “terror”. Uno de los más famosos es sin duda Mircea Eliade, quien publica, también en 1949, un libro muy leído, *El mito del eterno retorno*, en el que denuncia los estragos de la historia: el terror que siempre la acompaña. Al hombre de la modernidad que se pretende “creador de historia” opone el de las civilizaciones tradicionales, aquel que sabía abolir periódicamente la historia “en virtud de la repetición de la cosmogonía y de la regeneración periódica del tiempo”.¹² Contra la historia, valoraba los arquetipos y la repetición.

¹² ELIADE, *Le mythe de l'éternel retour*, p. 209.

Un cuadro, uno de tantos, pintado en honor de Napoleón, muestra bien el influjo de la historia desde el siglo XIX. Ejecutado por Alexandre Véron-Bellecourt, un pintor de la Academia, es precisamente su falta de originalidad lo que lo hace interesante para mis propósitos. Utilizando los procedimientos de la alegoría, el cuadro se titula *Clío enseña a las naciones los hechos memorables de su reino* (véase la ilustración). En él aparece Clío señalando con el dedo lo que acaba de inscribir en una gran estela, a saber, las hazañas de Napoleón, a un grupo de hombres, vestidos con indumentarias más o menos exóticas y ahí reunidos como si fueran alumnos delante de un pizarrón. Napoleón se halla presente bajo la forma de un busto, en toga de emperador romano y con la inscripción "*Veni, vidi, vici*", que lo identifica como un nuevo César. Clásica, la puesta en escena obedece a los cánones de la *historia magistra vitae*: la ejemplaridad del hombre ilustre, al estilo de Plutarco. Pero hay algo más: Napoleón no sólo es un héroe a la antigua, también encarna la historia; él es esa fuerza que avanza y cuyos efectos se sienten hasta el fin del mundo. Se trata de aquel en quien G. W. F. Hegel creyó reconocer al Espíritu del mundo, cuando atravesaba Jena a caballo. En sus *Memorias de ultratumba*, Chateaubriand afirmaba que durante dieciséis años Napoleón había sido el Destino y un Destino que nunca descansaba, corriendo sin cesar para remodelar Europa.¹³ En él se vuelven manifiestos dos rasgos de la historia moderna: su influencia en el devenir de hombres y naciones, así como la rapidez en la ejecución, aquel que nunca permanece en reposo. Napoleón aparece, sin importar que se le espere en otra parte o más tarde. Aquellos son los años del sentimiento, ampliamente compartido, de una aceleración de la historia. Bajo los efectos del tiempo, erigido en actor y en proceso, se opera una sincronización del mundo que llegaría hasta China. No es otra cosa lo que *tra-dujo* Véron-Bellecourt en la composición de su cuadro. Para escribirse, la historia sustituye los sincronismos (indispensables para distinguir entre el antes y el después) con la sincronización, misma que establece, según una escala del tiempo, el "antes que" y el "después que", el avance y el retraso, y delimita lo anacrónico.

¹³ CHATEAUBRIAND, *Mémoires d'outre-tombe*, vol. I, p. 1219. La traducción castellana más reciente de esta obra es probablemente CHATEAUBRIAND, *Memorias de ultratumba* (2004) [N. de la T.].



Alexandre Véron-Bellecourt,

Allégorie à la gloire de Napoléon Ier. Clio montre aux nations les faits,

RMN-Grand Palais (musée du Louvre), photographie de René-Gabriel Ojéda,

http://www.photo.rmnm.fr/cf/htm/CPicZ.aspx?E=L_2C6NU0HJH5WZ&co=THT

Muy pronto la literatura percibió toda la importancia que entrañaba ese nuevo actor y se afanó en la tarea de formular, de múltiples maneras, aquel mundo nuevo, apresado por la historia y en explorar esa nueva creencia. Comenzaba la gran época de la novela. De Honoré de Balzac a Jean Paul Sartre, pasando por León Tolstoi, el género gira alrededor de la historia. “Al copiar toda la sociedad”, que “encierra la razón de su movimiento”, Balzac busca convertirse en “arqueólogo del mobiliario social”. Surgen entonces las palabras famosas: “la sociedad francesa iba a ser el historiador. Yo sólo debía ser su secretario” (Prólogo). Para Milan Kundera, la escritura de Balzac parte de esa experiencia, tan impactante para los contemporáneos, de la aceleración de la historia: “Antaño su aspecto lento la hacía casi invisible, pero después aceleró el paso y súbitamente nada deja de cambiar en torno a los hombres a lo largo de su vida”.¹⁴ Sobreviene una tarea doble para el novelista: reconstruir las trayectorias aceleradas o fracturadas de personajes que ascienden muy alto o que caen hasta abajo, que aparecen de forma repentina en el escenario mundano para desaparecer enseguida con la misma rapidez. Permanecer atento, en segundo lugar, al “trasfondo”, mismo que es necesario captar, debido a que tampoco va a durar. Entramos, apunta Kundera, en “la época de las descripciones”.

En el prefacio de sus *Estudios históricos* (1831), Chateaubriand, que durante años aspiró a convertirse en gran historiador, recapitula, de modo más seguro y distanciado, sobre estos trastornos y esta apropiación de todo por parte de la historia: “Los tiempos en que vivimos son a tal grado tiempos históricos que imprimen su sello sobre toda clase de trabajo [...]. Todo toma la forma de historia, [ya sea] polémica, teatro, novela, poesía”. En cuanto a la historia propiamente dicha, resulta conveniente escribirla de otra manera: “Una gran revolución se ha efectuado, una revolución todavía mayor se prepara: Francia debe recomponer sus anales para relacionarlos con los progresos de la inteligencia”.

Regresando a las guerras napoleónicas a medio siglo de distancia, Tolstoi medita en *Guerra y paz* sobre la historia “en tanto nueva dimensión de la existencia humana”. Sus conclusiones son bien conocidas: Napoleón no hace desde luego la historia (estamos muy lejos del cuadro de Véron-Bellecourt), ni tampoco Mijaíl Kutúzov o, más bien, éste la hace sólo en la me-

¹⁴ KUNDERA, *Obras*, pp. 852, 953.

dida en que no pretende hacerla. "La historia se hace a sí misma, obedeciendo a sus propias leyes, si bien permanecen oscuras al hombre [...]. La historia, es decir, la vida inconsciente, general, gregaria de la humanidad."¹⁵ Si excluimos a Dios, no queda sino la historia, respecto a la cual se puede mantener una actitud positiva y optimista, pesimista y negativa o francamente nihilista (ella no tiene ningún sentido). Pero en todos los casos su evidencia se impone y constituye una creencia compartida.

Por un lado la Revolución (a la vez hecha, por hacer o por volverse a hacer) y, por el otro, la guerra de 1914 reforzaron su poder coercitivo. "Esa masacre absurda y gigantesca", retomando por última vez a Kundera, "inauguró en Europa una nueva época en que la historia, autoritaria y ávida, apareció ante un hombre y se apoderó de él. A partir de entonces es desde fuera que se determinará en primer lugar al hombre".¹⁶ La trilogía de *Sonámbulos* de Hermann Broch explora las transformaciones ocurridas entre 1888 y 1918. Por parte de los historiadores, podríamos ir de Febvre a Braudel.¹⁷

UNA EVIDENCIA CUESTIONADA, UNA CREENCIA MERMADA

La larga duración de Braudel, a semejanza de "esos estratos de historia lenta", "en el límite de lo movedizo", ¿no trasponía, en otras palabras, una visión análoga de la historia? Nacido en 1902 en el este de Francia, Braudel resistió, en efecto, la Primera guerra mundial y pasó la Segunda como prisionero en un *Oflag* en Alemania.¹⁸ Así, "al orgulloso dicho unilateral de Heinrich von Treitschke, 'los hombres hacen la historia'", prefería oponer "la historia hace también a los hombres y modela su destino".¹⁹ Sin embargo y aun cuando mantenía sus reservas sobre el hacer de la historia, no albergaba la menor duda ni sobre la historia misma ni sobre el interés que suponía historiar sus estructuras más profundas, ahí donde se encuentra lo más explicativo.

¿Qué ha cambiado entre la "situación" de los años 1950-1960 y la de hoy? Todo o casi todo: el mundo "nuevo" que anunciaba Braudel ya no

¹⁵ *Ibid.*, p. 909.

¹⁶ *Ibid.*, p. 1173.

¹⁷ HARTOG, "Le régime moderne d'historicité".

¹⁸ Campo de concentración para oficiales [N. de la T.]

¹⁹ BRAUDEL, *Écrits sur l'histoire*, p. 21.

existe. Al igual que en la primera parte de esta charla, no pretenderé acometer inventarios, incluso someros, de lo que ha desaparecido o se ha transformado. Me ajustaré al registro elegido, el de la historia como evidencia y como creencia, apoyándome en algunas palabras y conceptos. Y antes que nada, ¿dónde están aquellos que pudieron servir como vectores para reafirmar una evidencia de la historia, si bien portadora de otras temporalidades? Creer en la historia y creer que existe una ciencia o, por lo menos, que es posible abordarla de manera cada vez más científica, ¿las dos modalidades de esta creencia acaso se presentan siempre juntas?

La larga duración ya no conserva el valor de vanguardia pionera; se mantiene, a lo sumo, como una escala de análisis entre otras posibles. Más aún, aquello que Braudel había colocado en el polo opuesto, el acontecimiento, ha regresado al primer plano, al grado de acaparar toda la atención, de que ahora hay que consumir y producir acontecimientos sin parar —el acontecer [*l'événementiel*] se ha convertido desde entonces en parte integrante del organigrama de toda empresa o institución—, así como padecerlos también en forma de catástrofes. La globalización ha arrasado con la *civilización* y la modernización ha sido maltratada con dureza. El Salvaje, incluso dentro de su acepción lévi-straussiana, en tanto objeto “digno de reflexión”, se ha devaluado por completo. Pertenecía a los viejos tiempos del estructuralismo y a las elaboraciones eurocentristas sobre la alteridad, pertenece, en suma, a todo aquello que ha sido rechazado como culturalismo. Los adalides de esa corriente antropológica se han incluso visto obligados a deshacerse del concepto de cultura para concentrarse en la contemporaneidad que prevalece en una situación de interlocución, la que se establece entre el etnólogo y sus “informantes”.

Civilización era un concepto futurista (se avanza en su dirección) y un concepto normativo (supone grados distintos). Elemento central dentro del régimen moderno de historicidad, ese término invocaba un tiempo abierto hacia el futuro, de carácter progresivo. Otro tanto sucedía con la modernización, limitada, por decirlo así, al segmento más reciente del proceso civilizatorio y dejando espacio libre a la aceleración. Se trataba de la versión contemporánea de la civilización. Fue la edad de oro de los planes y de la futurología. De acuerdo con su etimología latina, “moderno” significa, en efecto, reciente y, por lo tanto, perteneciente al ahora. Entre 1950 y 1970 la modernización, concepto-bisagra según dije, fue un imperativo,

una consigna, un proyecto al que todo el mundo podía suscribirse: tanto en el este como en el oeste, entre los antiguos colonizados y entre los antiguos colonizadores. Pero esa unanimidad, que en realidad recubría profundos malentendidos, se desmoronó. Sólo puedo, también en este caso, atenerme a lo esencial. Muy pronto se habla menos de modernización y más de modernidad.²⁰ Aquella es el camino y el andar, ésta el resultado: he aquí a lo que nos ha conducido la modernización. Es el cuadro que se puede dibujar o, más críticamente aún, el reverso del cuadro. El inventario de la modernidad, llevado a cabo (desde el exterior o la periferia) por los antiguos colonizados, desemboca en un cuestionamiento de la modernización: de sus presupuestos, de sus silencios, de sus destrucciones y de sus crímenes. La modernización ve, dice y organiza el mundo desde el centro y en su provecho.

Si nos alejamos suficientemente en el tiempo, la *modernidad* así cuestionada había sido capaz de deconstruir a la vez el concepto de modernización e incluso el de civilización. Con el fin de no renunciar por completo al concepto de modernidad, algunos propusieron multiplicarla, señalando la coexistencia de “modernidades múltiples”, mientras que otros, más radicales, se arriesgaron con la noción de “modernidades alternativas”. Sin embargo, si se desemboca en una propuesta del tipo “hay múltiples maneras de ser moderno” o, en última instancia, “a cada quien su modernidad”, entonces la noción de moderno pierde cualquier pertinencia. ¿Qué es lo “moderno” de una modernidad alternativa? La modernidad fue también cuestionada desde el “centro”, me refiero a Europa y, más en general, al Occidente. Lo que se denominó posmodernismo comenzó como una crítica de lo moderno y como un desenmascaramiento del verdadero rostro de la modernidad y de sus estragos.

Aunque aquí diferenciadas por simple comodidad, sobra decir que no es posible disociar las dos líneas de esa crítica, y esto pese a que sus respectivos contextos de elaboración y su campo de aplicación no son estrictamente los mismos. Con respecto a la carga temporal de los conceptos y, más en general, a la relación con el tiempo, pasar de modernización a modernidad y a posmoderno significa, incluso sin advertirlo, renunciar al tiempo. Modernización, al igual que civilización, es un concepto teleológico, la meta

²⁰ COOPER, *Colonialism in Question*, pp. 113-149.

por alcanzar denomina el proceso: el futuro está en obra. En nada se asemeja al de modernidad, el cual designa la condición de moderno en que este último se halla absolutamente comprendido. Dado que moderno sólo fue plenamente dinámico y futurista mientras tuvo un *vis-à-vis* con el cual querellarse: el antiguo.²¹

Minada por la crítica proveniente de la modernidad, la modernización ha sido despojada, de modo más reciente, por la globalización. La palabra no deja de designar un proceso: lo global asciende, como una marejada, hasta recubrirlo todo. Tiene por meta un mundo globalizado. Pero, a diferencia de los conceptos anteriores, éste no conlleva ninguna carga temporal específica: es espacial y no temporal o destemporalizado.²² Aun cuando todos concuerdan en que la globalización no se alcanzará en un día o, inclusive, que nunca se consumará por completo, es ésta, sin embargo, otra cuestión. Pretende ser cada día más englobante y acercarse lo más posible al tiempo real: ubicuidad e instantaneidad son sus lemas. En constante búsqueda por irse liberando de las ataduras del tiempo y del espacio, se despliega en una especie de presente permanente. El pasado no transcurre y tampoco lo hace el futuro: sólo importa ponerse en condiciones de ser cada vez más veloz, de llegar primero, es decir, de ser, de hecho, quien reaccione con mayor rapidez. En esa carrera de velocidad, las computadoras ganan y, entre ellas, son las más recientes y potentes las que tienen la última palabra.

Desde el punto de vista de la historia, las críticas de la modernidad y el fenómeno de la globalización han conducido a cuestionamientos y a reformulaciones. En cuanto a estas últimas y con una bibliografía en rápida expansión, son de contarse, al menos, la *connected history*, la *shared history* y la *global history*.²³ Por el lado de los cuestionamientos, los *subaltern* y luego los *post-colonial* y los *cultural studies* lanzaron el movimiento y llamaron a una "provincialización" de Europa, movimiento cuya bandera ha sido el libro de Dipesh Chakrabarty.²⁴ Vista desde fuera, Europa (si bien,

²¹ HARTOG, *Anciens, Modernes, Sauvages*.

²² Es verdad que, si de lo que se trata es de reconocerse como componente del mundo, en tanto sentido de pertenencia común y compartida, la palabra "cosmopolita" ya lo designaba en griego, pero con un cariz más político.

²³ HARTOG, "De l'histoire universelle à l'histoire globale?"

²⁴ CHAKRABARTY, *Provincializing Europe*.

¿qué es esta Europa reducida a unos cuantos rasgos esenciales?) pierde la excepcionalidad que, desde el siglo XVIII por lo menos, había transformado, propiamente hablando, en un negocio. Sobre esas bases es posible emprender la construcción de historias alternativas o, en ocasiones, expresar un rechazo a la historia, rebatida como una invención occidental que los colonizadores trajeron en su equipaje. Aunque existen numerosas versiones, más o menos elaboradas, todas tienen como rasgo en común la pretensión de restablecer, de reencontrar una continuidad con los orígenes perdidos, borrados y, sin embargo, todavía presentes. Y que, redescubiertos, se hallan hoy reconocidos como patrimonio. Los fundamentalismos religiosos (en particular el islamismo radical) son más bien la expresión de un rechazo a la historia, a la que se suma una adaptación a la globalización.

Por último, de la pluma no de un historiador, sino de un antropólogo habituado a comparar en grande, apareció un libro que postergó la cuestión un poco más. Con *El robo de la historia*, Jack Goody intentó, en efecto, demostrar cómo Europa había impuesto el relato de su pasado al resto del mundo.²⁵ El argumento se desarrolla en una doble vertiente: la de una amplia comparación entre Asia y Europa, y la de una crítica de autores que, sin embargo, no son conocidos por ser los más hogareños: Braudel, John Needham, Elias o Finley. Incursionando en el taller del historiador, Goody comprueba que, al confiscar el tiempo y el espacio, y al monopolizar los conceptos históricos, Europa ha “falseado mucho” nuestra comprensión de Asia.²⁶

Desde la publicación de *El robo de la historia* aparecieron ciertas obras que plantean no tanto la pregunta por la existencia de una historia global (dada por hecho), sino la de saber qué puede ser ésta y cómo escribirla. O sea una reflexión sobre lo global en segundo grado. Pienso, en particular, en Georg Iggers y en Q. Edward Wang con su *A Global History of Modern Historiography* y, muy recientemente, en Daniel Woolf, *A Global History of History*.²⁷ Todos esos sondeos críticos, todas esas investigaciones en busca de maneras distintas de escribir la historia presuponen sin duda que hay algo comúnmente compartido y que se puede llamar “historia”. Para lo-

²⁵ GOODY, *El robo de la historia*.

²⁶ *Ibid.*, p. 23.

²⁷ IGGERS y WANG, *A Global History of Modern Historiography*; WOOLF, *A Global History of History*.

garlo, es necesario comenzar por dejar atrás el concepto moderno de historia, justamente aquel que aparecía como historia y que se presentaba como patrón universal para establecer quién estaba o no dentro de la historia y para medir la distancia en que tal o cual lejano pueblo se encontraba (todavía) de la historia verdadera. Comienza a continuación la segunda etapa del proceso: conferir un sentido más amplio al sustantivo "historia". Se habla entonces de "conciencia histórica" o de "cultura histórica". Mejor aún, se recuerda que no hay grupo humano alguno que se desinterese de su pasado e, incluso, se asume como propio un "hecho natural", a saber, que el ser humano es el que rememora y se comunica con sus semejantes.²⁸ En suma, tras descender del pedestal al que se había encaramado, el concepto moderno de historia regresa a la fila y se convierte en tan sólo un momento de una muy larga historia de los modos de relacionarse con el pasado y de sus usos. Dicho en pocas palabras, nada de ello significa el fin de la historia, sino, a lo sumo, el de la Historia (entendida como ese concepto moderno), a semejanza de la rana de la fábula que ¡creía ser tan grande como una res! Así que creemos todavía en la historia, que, al final, adquiriría una nueva forma de evidencia (menos gloriosa e imperiosa, claro está): globalizada, es decir, fragmentada y multiplicada, desembarazada de la ilusión de aquel singular colectivo, la Historia, transformada en plural.

¿Entonces ya se arregló todo? Presentimos de inmediato que no, dado que eso supondría despachar muy rápido el asunto. Sin lugar a dudas, descenrar la mirada dirigida a la historia resulta esclarecedor, pero no arregla todo. ¿Basta con cambiar el sentido de la palabra, ensanchando el concepto, para volver a enderezarnos? A cada quien su historia, en síntesis, con todas las combinaciones que se quieran. En todo caso, el concepto moderno de historia, en sí mismo, no surgió perfectamente armado, un buen día a finales del siglo XVIII, de la mente de un profesor alemán, en los alrededores de Gotinga, sino que fue el resultado de una elaboración lenta y compleja, inseparable de un tiempo activo y ejecutivo, marcado por la aceleración y en donde el futuro ocupaba el primer lugar. Si la historia moderna algo tenía de moderno, esto radicaba en que esclarecía el pasado a partir del futuro y en que desarrollaba una serie de conceptos temporali-

²⁸ WOOLF, *A Global History of History*, pp. 1-2.

zados que fueron, a su vez, operadores potentes. Tal fue el caso de la civilización y después también el de la modernización. La historia antigua, por su parte, aquella que dependía de lo que he llamado antiguo régimen de historicidad, esclarecía el presente por el pasado. No obstante, se trataba igualmente de historia, nombre que, por lo demás, había recibido, pero que poco a poco se había convertido en otra forma de historia: una forma superada.

En el transcurso de los últimos treinta años, el cambio más notorio ha sido la retirada del futuro, sobre todo en Europa. Se ha hablado de crisis del futuro, de su cerrazón, mientras que, de modo simultáneo, el presente tiende a ocupar todo el terreno. Esta transformación de nuestras relaciones con el tiempo perfila una configuración inédita, a la que propuse denominar "presentismo". Como si el presente, el del capitalismo financiero, el de la revolución informática y el de la globalización, pero también el de la crisis actual, absorbiera todas las categorías (vueltas más o menos obsoletas) del pasado y del futuro. Como si, convertido en su propio horizonte, se transformara en un presente perpetuo. Junto con él, algunas palabras han ascendido al primer plano de los espacios comunes, palabras que son también consignas, prácticas que se traducen en políticas públicas: memoria, patrimonio, conmemoración, etc. Constituyen otras tantas maneras de atraer hacia el presente retazos del pasado, privilegiando la inmediatez, invocando la empatía y la identificación. Basta con visitar los memoriales y otros museos de historia para convencerse. En el lenguaje corriente, la palabra "memoria" ha tendido a convertirse en el término más englobante y evidente, en lugar de la historia. Ese presente presentista se rodea de todo un cortejo de nociones o de conceptos destemporalizados, tales como modernidad y posmoderno, pero también globalización, a los cuales habría que añadir al menos otro más: identidad, el mayormente invocado y movilizado.

Con esos desplazamientos, diría incluso trastornos, aquí evocados de forma esquemática, ¿nos enfrentamos a un fenómeno durable o transitorio? Nadie lo sabe, pese a que estamos comenzando a comprender su magnitud. Por lo menos es dado afirmar que atravesamos una disyuntiva: el concepto moderno de historia (centrado en el futuro) perdió su eficacia para conferir un sentido al mundo que, o bien ha quedado subsumido por entero en el presente, o bien, de manera cada vez más nítida, no sabe cómo

regular sus relaciones con un futuro percibido bajo la figura de la amenaza y de la catástrofe por venir. Un futuro que ya no está indefinidamente abierto, un futuro cada vez más restringido, si no es que clausurado, a causa, en particular, de la irreversibilidad producida por varias de nuestras acciones. Ahí podría resurgir, además, algo del "Terror" de la historia, al estilo eliadiano.

Forjada en Europa, vinculada con su expansión y su dominación, esta historia moderna (a punto de volverse antigua) no ha por ello dejado, bajo diferentes formas y a través de interacciones múltiples, de regir el mundo, oscilando entre el sentido, el sinsentido y la ciencia de la historia. Ya no creemos en aquel concepto, o no realmente, pero continuamos utilizándolo; ahí sigue, con su aspecto familiar y un tanto anticuado; se ha vuelto incierto pero todavía se encuentra disponible y continuará estándolo hasta que, por lo menos, no llegue algún otro a tomar el relevo. Los políticos no dudan en emplearlo ni tampoco los medios de comunicación; la literatura lo interroga y los historiadores, sin cesar de cultivarlo, todavía creen en sus poderes cognitivos. Todavía creen que la historia está por escribirse y a ello se consagran, pese a que no se pronuncian demasiado sobre quién hace o ha hecho esta historia o, más bien, estas historias. Disponemos, además, de la vieja palabra historia que, nacida en Grecia, traducida y retraducida en tantas lenguas a lo largo de los siglos, se ha reincorporado, por decirlo así, al servicio público, con el fin de designar las diferentes maneras en que el mundo abre un espacio al pasado. La historia global de la historia se consagra, por ahora, a elaborar inventarios razonados. Añadiré una última palabra sobre la globalización, concepto más descriptivo que analítico, des-temporalizado, tal como apunté, y que es también una manera de decir que, si hay historia, ésta se hace por doquier y en ninguna parte, que Occidente, en todo caso, ya no tiene el monopolio y que, quizás, la vieja Europa se percata cada día con mayor fuerza que la ve pasar por la ventana.

Traducción de Nadine Béligand

Revisión técnica: Aurelia Valero Pie y Pilar Vallés

REFERENCIAS

BALANDIER, Georges

- 1951 "La situation coloniale: approche théorique", *Cahiers internationaux de sociologie*, vol. XI, pp. 44-79.

BRAUDEL, Fernand

- 1991 *Escritos sobre historia*, traducción de A. Martín del Campo, México, Fondo de Cultura Económica.
- 1991 *Escritos sobre la historia*, traducción de M. Armiño, Madrid, Alianza Editorial.
- 1969 *Écrits sur l'histoire*, París, Flammarion.

CHAKRABARTY, Dipesh

- 2000 *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Nueva Jersey, Princeton University.

CHATEAUBRIAND, François-René

- 2004 *Memorias de ultratumba*, traducción de J. R. Monreal, Barcelona, Acantilado.
- 2001 *Mémoires d'outre-tombe*, vol. I, edición de J.-C. Berchet, París, Garnier Frères.

COOPER, Frederick

- 2005 *Colonialism in Question. Theory, Knowledge, History*, Berkeley, University of California Press.

ELIADE, Mircea

- 1949 *Le mythe de l'éternel retour*, París, Gallimard.

FEBVRE, Lucien

- 1992 *Combats pour l'histoire*, París, Armand Colin.
- 1974 *Combates por la historia*, traducción de F. J. Fernández Bucy y E. Argullol, Barcelona, Ariel.

FEBVRE, Lucien et al.

- 1930 *Civilisation. Le mot et l'idée*, París, Centre International de Synthèse.

FREYRE, Gilberto

- 1933 *Maîtres et esclaves: la formation de la société brésilienne*, París, Gallimard.

FURET, François

- 1982 *L'Atelier de L'Histoire*, París, Flammarion, pp. 40, 42.

GEMELLI, Giuliana

- 2005 *Fernand Braudel*, traducción de A. Pons y J. Serna, Valencia, Universidad de Valencia.
1995 *Fernand Braudel*, París, Odile Jacob.

GOODY, Jack

- 2011 *El robo de la historia*, traducción de R. Vázquez Ramil, Madrid, Akal.

HARTOG, François

(en prensa) "Le régime moderne d'historicité à l'épreuve de deux Guerres mondiales".

- 2011 *Evidencia de la historia. Lo que ven los historiadores*, México, Universidad Iberoamericana.
2008 *Anciens, Modernes, Sauvages*, París, Le Seuil (collection Points).
2008 "De l'histoire universelle à l'histoire globale? Expériences du temps", *Le Débat*, 2: 154 (marzo-abril), pp. 53-67.
2007 *Évidence de l'histoire. Ce qui voient les historiens*, París, Gallimard (collection Folio).

IGGERS, Georg y Q. Edward WANG

- 2008 *A Global History of Modern Historiography*, with contributions from Supriya Mukherjee, Harlow, Pearson Education Limited.

KUNDERA, Milan

- 2011 *Œuvres*, París, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade).

LÉVI-STRAUSS, Claude

- 1990 *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*, traducción de J. Almela, México, Siglo XXI.
1970 *Anthropologie structurale* II, París, Plon.
1958 *Anthropologie structurale*, París, Plon.

PÉGUY, Charles

- 1988 *Œuvres en prose complètes*, t. II, París, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade).

WOOLF, Daniel

- 2011 *A Global History of History*, Cambridge, Cambridge University Press.